AÑO II Madrid, 1.º de Junio de 1926 NÚM. 9

RUTA

Revista de
ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
Organo del
"CENTRO PLATON"
Publicación mensual

Dr. Sánchez Herrero, ilustre conferenciante del Centro Platón.

© Biblioteca Nacional de España

Sellés-Senespleda.

Conferencia de D. Antonio Senespleda

La Federación Espiritista Española, con el fin de agrupar todos los sectores espiritistas de España, dispuso que sus más conscientes leaderes verificasen viajes de propaganda, que aunaran voluntades y entusiasmos para formar el frente único de nuestro ideal, que tiene el futuro grandioso de consolar a la humanidad de sus errores y desgracias.

Al Centro Platón le tocó en suerte el distinguido Presidente del Centro Barcelonés don Antonio Senespleda, que deleitó a la concurrencia con una disertación amena y profunda que damos a la publicidad con toda la extensión que nos permite el espacio de que disponemos.

El orador atrae con su personalidad simpática y hace su presentación saludando a los hermanos del Centro Platón, en nombre de los espiritistas catalanes, aragoneses y toledanos, con quienes convivió recientemente en charla amena y fraternal.

Expone el tema que se propone desarrollar, que se titula "Ultimos adelantos o progresos del metapsiquismo y espiritismo".

Y entra en materia, diciendo que hace cuatro años estuvo entre nosotros hablándonos de cuanto relacionado con el ideal había visto en Londres y París, donde pusimos los primeros jalones del espiritismo internacional; pero considerando que antes habíamos de formar una Federación Nacional, llamó a todas las puertas donde se siente y practica el espiritismo, formando el grupo de Centros que hoy constituyen la Federación Espiritista Española.

La Federación ha tratado de estar siempre en relación con todos sus Centros federados, hizo hojas de propaganda, boletines, editó Revistas, y, en una palabra, cuanto estuvo a su alcance para el progreso del ideal.

Descrita la parte organizadora, dice el orador, tiendo las alas al extranjero, habiendo visitado París y después el Congreso de Lieja, donde por fin se formaron los Estatutos de la Federación Internacional, y en cuyas sesiones se pidió que fuese vicepresidente don Quintín López (a quien todos conocemos y admiramos), y si bien su estado de salud no le permitió aceptar el cargo, todas las naciones le hicieron el honor de reconocer su gran valía, su amor a la ciencia y al ideal, su indiscutible autoridad en el espiritismo.

Dice acompañó a Lieja a Humberto Torres, de Lérida, que nos promete oiremos en Madrid, y pasa a ocuparse del desarrollo y progreso de los distintos pueblos de Europa con relación al espiritismo.

En primer lugar, la impresión más consoladora que saqué en mis viajes, dice, es que nuestra santa creencia tiene en el extranjero

© Biblioteca Nacional de España

más arraigo, más poder y más prestigio que en España.

Esto nos incita al trabajo y a salir de ese último puesto.

Continúa, que en Alemania, hasta antes de la guerra del 1914, el país se entregaba a todos los dones de inteligencia de que el hombre es capaz; pero excesivamente confiados en su propio valer, recibieron una lección enorme. Pasaron los primeros años de la post-guerra y se creó la primera organización espiritista, a cuyo frente figuran dos sabios eminentes.

En Berlín, un excelente catedrático empezó trabajos de Metapsiquismo.

Una obra de espiritismo publicada en Alemania alcanzó la venta de 600.000 números en dos meses.

Alemania, después de aquel abolengo materialista, es un pueblo espiritista de los que figuran al frente de la intelectualidad.

Screnorsi experimentó con un joven por espacio de tres años y obtuvo casi todos los fenómenos que nosotros tenemos catalogados.

Uili Sneider, reputado el médium mejor del mundo, que de Alemania pasó a Londres, demostró la máxima potencialidad medianímica. Ambos mediums han sido controlados por docenas de hombres eminentes y doctores en Medicina.

Pasa a hablar de otro gran pueblo, de Inglaterra, donde hace infinidad de años se fundó una Sociedad espiritista, por cuya presidencia han desfilado los hombres más eminentes de la ciencia, poniendo todo su entusiasmo y rigor en la comprobación fenoménica.

Las manifestaciones que registran los anales de esa Sociedad ocupan una infinidad de volúmenes.

Relata uno de los infinitos fenómenos catalogados, diciendo:

"Un tal Mitestait se embarca para los Estados Unidos. En el barco se encuentra con un Sr. Wilmou, y como son amigos, ocupan dos literas del mismo camarote. En la travesía se declara una tempestad. En uno de aquellos días el de la litera inferior se queda dormido y el de la superior se pone a leer. El despierto ve una señora que se fija en ambos amigos, abraza y besa al dormido y desaparece.

Al despertar el de la litera inferior es felicitado por su amigo, y el primero manifiesta que ha soñado que venía su señora y le besaba. Al día siguiente, el relatado suceso era la comidilla del barco. Llegan al término del viaje, y Mr. Wilmou va a su casa, donde su señora le pregunta: "¿No recibiste mi visita? El día 8 de octubre, a las ocho de la noche, estaba yo sentada en un sillón, me quedé traspuesta y me vi transportada a un vapor, entré buscándote en un camarote donde estabas con otro; entonces te abracé y me marché." Como la señora Wilmou, al día siguiente del suceso lo dijo a su familia y éste lo contó en el barco, el caso no admite fraude y queda demostrado que se trata de un fenómeno de aparición entre vivientes.

Los ingleses, además de este extremo, han cultivado otras clases de fenómenos, entre ellos el de fotografía trascendental, y han tenido que vencer una serie de fraudes que les hicieron los fotógrafos, que sólo el tesón del país inglés pudo vencer, logrando la especialización de dos o tres mediums para esos fenomenos. El principal es Mr. Hupp, que operaba como sigue:

El experimentador llevaba un paquete de placas sin abrir a la residencia de Hupp; cuando éste se encuentra en condiciones coloca las placas entre sus manos, invoca a sus guías y a los pocos momento entrega las placas para su revelación. En cierta ocasión dijo a madame Grifú: "Su hija de usted está en cinta"; la señora no lo sabía, le hacen la fotografía y aparece perfectamente delineado un niño de unos tres años. El orador vió al niño cuando tenía un año, y varios sabios afirmaron que aquel niño tendría a los tres años el aspecto de la fotografía de Hupp.

Otro fenomeno desarrollado en Inglaterra es el de la voz directa por medio de la trompeta. Aquí los americanos comparten la afición.

Pasa a Francia y expone que en la casa "Copérnico" se celebran sesiones diarias donde alternan varios mediums, entre ellos el reputado as del espiritismo Pascal Fortun, hombre bueno, que no dándose cuenta clara de los fenómenos, habló con el doctor Osqui, exponiéndole la desconfianza de su facultad de la Esicometría. Fué examinado, y todos convinieron en que tenía una facultad extraordinaria diferente a todas las estudiadas.

El modo de operar este medium es el siguiente:

Hay un gran salón lleno de público; entra Fortun y empieza a hablar con todos. Se dirige a un hermano y le dice: "Veo un Enrique. ¿Tiene usted un pariente de ese nombre? Sí. ¿Su esposa está ausente en Tolosa? Sí", y por este orden identifica veinte o treinta casos. (Mediunidad exicométrica y videncia.)

Uno de los prejuicios de los sabios de París ha sido que la mediunidad no podía desarrollarse en salones de mucho público, y esta fué una lección que recibieron los sabios metapsíquicos tachando una de las afirmaciones hechas *a priori*.

En los Estados Unidos la explosión de espiritismo es enorme.

Los hombres de estudio han especializado un estudio complicado y misterioso, el estudio de las segundas personalidades. Dicen que el espíritu humano, según las mutaciones e influencias que pueda recibir del espacio, puede recibir segunda, tercera y cuarta personalidad.

Cita el ejemplo de una medium con cinco personalidades distintas.

Se necesita para este estudio tener especialidades científicas de primer orden.

Nosotros, que no podemos llegar a eso, tenemos que decir lo que nos dicen.

Al orador le basta leer un fenómeno pro-

© Biblioteca Nacional de España

ducido por personas de probada honorabilidad para creerlo.

Resume su profunda y amena disertación diciendo que nuestras ideas progresan tanto en el sentido filosófico como en el científico, y si caminamos lentamente, es porque nos falta el fuego sagrado. Querer obtener un gran resultado sin esfuerzo, es ir contra las propias leyes del espiritismo.

Si no hacéis un esfuerzo, no os quejéis de que en los avatares de la vida, cuando venga un día negro en que necesitéis todas las fuerzas para luchar con el infortunio, os digan: "En los días de sol os vais a los toros. Si hubierais estado con nosotros, tendríais el consuelo nuestro."

Las horas que dedicamos al estudio del más allá son las más provechosas y más fecundas que podemos emplear en nuestra vida.

El que sufre solo, se corrompe con su pena. Quien tiene a su lado un ser que le consuela, sufre, pero sufre menos.

¿No creéis en los invisibles? No sois espiritistas.

¿Que no los entendéis? ¿Qué os exige el espiritismo? Nada. El espiritista puede dedicarse a todo lo que es lícito. Y en cuanto a sacrificio, cualquier futesa cuesta más que las cuotas a satisfacer. En lo invisible no pasan los billetes de Banco. Nos exigen bondad y amor.

Incita al gran Sellés a que con una poesía ponga el botón de oro al humilde vestido que ha confeccionado su fervor espiritista.

El orador es ovacionado.

El notable poeta D. Salvador Sellés lee la siguiente poesía:

SENESPLEDA

Del inmortal espíritu, ¿quién sabe
de do viene la nave
por el mar de sus mil encarnaciones?
¿Quién sabe lo que ayer habremos sido
y hoy duerme en el olvido?
¿Quién sabe nuestras múltiples misiones?
Saludad al apóstol y al hermano.
De un país bien lejano,
quizá llega su planta; quizá sea
uno de aquellos que Jesús bendijo
y a los cuales les dijo:
"Id por el mundo a propagar mi idea."
Saludad al errante peregrino,
que se puso en camino
ha dos mil años desde antigua aldea,
y que llega a nosotros errabundo,
soterrando en el mundo
la simiente cogida en Galilea.
¡Sabe Dios si Jesús aquí le envía
para ser nuestro guía
por el lugar de la expiación o prueba;
enseñarnos la ciencia soberana
del ayer y el mañana,
y unir la antigua fe con la fe nueva!
El de todos nosotros va delante.
Con su luz fulgurante,
El hace sabia nuestra fe sencilla;
El nos explica con su gran talento,
todo espléndido invento
que en el mundo moderno surge y brilla.
El nos deja enseñanzas que son oro,
que son rico tesoro;
El deja tras de sí lumíneo rastro;
El marcha a levantar en otra parte
su glorioso estandarte,
como si alzara con la diestra un astro.
El nos dice: ¡a luchar!, que esa es la suerte
del espíritu fuerte,
¡del apóstol guerrero de la idea!
¡A llevar por el orbe rudo y ciego
nuestra lengua de fuego,
nuestra espada de rayo que chispea!
Gentes del mundo, que llamáis dementes
a los pobres espíritus; ¡oh!, gentes
frívolas, aturdidas o malvadas:
¿dónde está la razón que os ilumina?...
¿A qué excelso ideal os encamina?...
¡Al abismo sin fondo de mil nadas!
Si hoy bajara Colón desde el profundo
cielo a ofreceros, cual ayer, un mundo,
le volveríais a llamar demente.
Baja Kardec mil mundos a ofreceros,
y decís de esos mundos que son ceros,
y que ese loco charlatán os miente.
¿Qué tenéis? La ceguera ante la aurora,
que a nosotros nos dora,
y que de rosas nos corona y viste.
Vosotros, ante el sol nunca despiertos,
sois los únicos muertos
que hay en la tierra donde todo existe.
¡Ah!, nosotros tenemos la fe nueva,
que es la fuerza de Dios, que nos eleva
a los imperios de la luz más pura;
tenemos la sonrisa ante la muerte,
y la seguridad de hermosa suerte
entre nuestros hermanos de la altura.
Vosotros, ¿qué tenéis? El ruin espanto
ante el sepulcro que regáis con llanto
o maldecís con infantil despecho;
la incertidumbre o el error en todo,
y esos pasos de ciego por un lodo,
¡quizá de sangre en las tinieblas hecho!
Tenéis la copa del licor en fuego,
la embriaguez del placer o la del juego,
la grandeza mezquina de un palacio,
o un cabaret con inmundicias de oro...
¡y nosotros tenemos todo el coro
de los mundos y soles del espacio!

© Biblioteca Nacional de España

¡Mundo inicuo! ¿No tienes más baldones
que arrojarnos al rostro?... ¿Más leones
que lanzarnos al circo del combate?...
¿No tienes una cólera más fuerte
que el rayo que da muerte?...
¿No tienes un ridículo que mate?
Pues aquí le esperamos; aquí erguidos
aguardamos del tigre los maullidos.
Nuestras almas vulgares, ve sublimes.
Eramos miserables y mezquinos,
¡y ya somos divinos!
¡Gracias, mundo cruel... tú nos redimes!

SALVADOR SELLÉS.

(Atronadores aplausos.)

El Presidente, D. Juan Tébar, resume elocuentemente los discursos, da la bienvenida al Sr. Senespleda y da por terminado el acto.

¿Por qué lloran el niño al nacer y el adulto al morir?

Las causas que pueden producir llanto en un ser, cabe agruparlas en tres grandes síntesis: las de carácter subjetivo, las de índole familiar y las que son consecuencia de un asunto emotivo.

Planteada la realidad vida, según el credo espiritista, sabemos que existe una perfecta y justa solidaridad entre las distintas existencias de un ser; que la traza por un espíritu marcada desde el espacio, en los preliminares de una nueva y próxima encarnación, entraña el germen de su nuevo víacrucis: sanción, si a ello en la anterior existencia, con la responsabilidad de los actos por él realizados, diera lugar; progreso, si su misión fué redentora.

Sentada esta premisa, tratemos de ahondar con algunas consideraciones en tan importante problema; quizás de este análisis, hecho a la ligera, podamos deducir algún detalle de luz.

Partiendo de la base de que el espíritu, sea en la situación de encarnado, sea en la de desencarnado, discurre y piensa de modo permanente, al salir del claustro materno puede quedar tan mal impresionado ante la visión de su porvenir, que esa triste perspectiva motive en él un sentimiento de pavor, causa de un llanto que el profano no se explica. Por otra parte, si su misión es redentora, la grandeza de su sacrificio puede ser también motivo de llanto, que tanto apena a los padres.

Dada la identificación espiritual que, por punto general, existe entre los recién nacidos y sus progenitores, como el niño, animado por un espíritu, a veces de legendaria historia, ha de pretender expresar a los seres queridos que él eligiera, el sentimiento del amor que a ellos le liga, ante la imposibilidad de realizarlo, por imperfecciones del instrumento, experimenta cierta contrariedad, causa de su llanto.

Es natural que, aparte de todos los motivos de carácter psicológico, originarios del llanto en el recién nacido, existen otros de cariz fisiológico, que ocasionen en aquél malestar más o menos duradero; esta clase de llanto cae fuera del marco del tema planteado.

Análogas consideraciones a las hechas para los niños, pueden exponerse en lo relativo al llanto de los adultos en el momento de la desencarnación.

Los lazos de la familia, que al parecer se abandona; el instinto de conservación, que ve desmoronarse la materia, a la que durante tanto tiempo, por lo regular, se ha rendido culto; el castillo de intereses creados, a veces a costa de felicidad futura, que se ve evaporar como por arte de encantamiento; lo incierto del más allá, en el umbral de la tumba; la intuición de las claudicaciones habidas en la existencia que se apaga; el bien, que pudiendo se dejó de hacer; la visión del triste porvenir que a los seres queridos les queda; la emoción que se experimenta frente a una existencia de redención y progreso, dedicada a la práctica del bien, son otras tantas causas de llanto para el adulto, que al desencarnar, ignorante de la inmanente ley de evolución y progreso, a la que se halla sujeto el universo todo, va de sorpresa en sorpresa y pasa por continuadas emociones.

ELÍAS.

Madrid, mayo 1926.

© Biblioteca Nacional de España

NUESTROS POETAS Y EL ESPIRITUALISMO

DIOS

Cuando en los momentos en que, el alma saturada de amargura por las decepciones del vivir, busco en lo alto fuerzas que me ayuden a soportar mi prueba; cuando en los días de satisfacción por el deber cumplido, siento también deseos de dar gracias por los beneficios recibidos; en todos los instantes en que los impulsos de mi espíritu tratan de elevarme hasta Dios, recuerdo los versos del poeta José P. Velarde, que, a mi entender, sintetizan de un modo magistral el concepto que de él debemos tener cuantos nos llamamos espiritistas.

Dicen los versos así:

No pretendo comprenderte
ni llegar a definirte;
tan sólo aspiro a sentirte,
a admirarte y a quererte.
Quien vaya a ti de otra suerte,
luchará con la impotencia;
te busca la inteligencia
de lo infinito en el fondo,
cuando estás en lo más hondo
y oculto de la conciencia.

Y recogiéndome entonces religiosamente en el fondo de mi conciencia, oigo una voz paternal, clara, sencilla, que entre severa y afable desmenuza mis actos, poniendo de relieve cuanto en ellos hay de error y de acierto. Pasan ante mis ojos dulcemente las épocas todas de mi vida: los primeros años, con la inocencia y la curiosidad características en ese alborear del vivir; la juventud con su fuego, sus arrebatos y sus pasiones, cual corcel fogoso que anhela salvar de un salto todos los obstáculos, sin comprender que su loco galopar incierto le hará morder muchas veces el polvo del camino; la edad viril, con sus ansias más firmes, pero no del todo refrenadas, de ciencia y de ideal, sin darse cuenta que esta existencia es de expiación y de prueba, que el ideal está más allá. Fugaces reminiscencias de no sé cuándo, visiones de un futuro muy lejano.

Y deja en mí una calma suave, devolviendo la armonía a mi espíritu, abatido o exaltado; y me arrulla como a un niño: calma, criatura, calma. Lo que tú quieres lo encontrarás, pero a condición de que recorras tu camino con ánimo sereno; es el premio que recompensará tus luchas, tu trabajo. Sigue, sigue sin vacilar, que esta es estación de paso; sigue adelante siempre, trabaja y espera. No pierdas tu ritmo, la armonía de tu avance progresivo, que es tu norma en el concierto universal; no te dejes arrastrar por el pasado, que tu vida es el hoy y un mañana henchido de promesas. Y no te esfuerces en vano buscándome, que siempre estoy contigo; serénate, calma tus pasiones, para que desaparezca tu ceguera, y me encontrarás siempre, porque nunca te abandono. Ama mucho, ama a la creación entera con ese amor del espíritu, que te haga sentirte uno con la vida universal, porque el amor puro es la clave de la vida, y será el que te eleve a otros planos mejores, llenos de serenidad y de paz.

Esto y mucho más me dice esa voz, que a un tiempo reprende y consuela, que es mi aliento, mi sostén; que aclara maravillosamente todas las situaciones de mi vida; que calma mi mente, refrena mi loca fantasía y encauza mi razón; que pulsa maternalmente las cuerdas de la lira de mis sentimientos, trasportándome a otras regiones más puras, donde viven sin querellas cabeza con corazón.

Por eso, cuando la escucho, pienso:

Tenía razón Velarde. Esta voz es el eco de la suya, es El quien me habla. Siento en mí su presencia y su grandeza, siento a Dios.

STOP.

ENSUEÑOS Y REALIDAD

Era un país, donde todos sus moradores parecían enfermos. La fiebre de sus quimeras, puso velos de inquietud en sus semblantes; extravío perpetuo en sus miradas, y en las frentes hechas para espejo de su pensar inteligente, los pliegues tenebrosos de la desilusión y el desencanto.

Era un país en que todos soñaban; soñaban sin descanso, y en su epidémico y tenaz ensueño caminaban sin tregua, en el afán de conquis-

© Biblioteca Nacional de España

tar la posesión de un deseo, que alguna que otra vez fué elevado; muchas, indigno de tanto anhelo, y las más, pobre y grosero don de arcilla impura, que en cuenta de calmar sus sinsabores, sumergieron su alma en la inquieta zozobra de su remordimiento.

Ensueños de grandeza, ensueños de gloria, ensueños de amor, de riqueza, de ciencia y de placeres, animan la mente enferma de esos pobres enajenados de la realidad, y azotados sus miembros con el látigo vil del egoísmo insano, caminan como locos: la angustia en el semblante, el esfuerzo en el espíritu cansado y la dura resolución de llegar, aunque para ello se vean obligados a aplastar al hermano que tenga la temeridad de adelantarlos. Y en sus múltiples y desiguales desvaríos, todos corren hacia la cima de sus ensueños, cifrando su felicidad en el triunfo que todos creen merecer. Hay quien corre diciendo que nadie le dispute el eminente puesto que está próximo a alcanzar. El y no otro tiene que enarbolar en la cumbre de su quimera la bandera gloriosa de la predilección.

¡Pobres ilusos, qué lejos estáis de la realidad!

Oíd al poderoso: Si yo fuera rey, ¡qué satisfacción! ¡Verse rodeado de tanto vasallo; ser el primero entre los grandes; ocupar siempre el puesto de honor; ir a la cabeza de todo un pueblo que le corona, doblando ante él la rodilla y le llama señor y majestad!

¡Qué vida más deliciosa en sus opulentos palacios, con grandes y bellísimos jardines! ¡Contemplar los innumerables agasajos que por doquiera que pasa tienden a sus pies, como florida alfombra de pensamientos amorosos!

¡Tener en su mano la fuerza de sus ejércitos, la ciencia de sus sabios, el acatamiento de los nobles, el oro de sus arcas y el amor de sus vasallos! ¡Dominar, en fin, dominar en un vasto campo, donde los horizontes están tan lejos, que apenas si el pensamiento los puede divisar!

¡Soñador de grandezas, qué equivocado estás!

Observad al ambicioso de gloria. Soñando, siempre soñando, pone alas al pensar, y con ellas remonta su fantasía a inconmensurables alturas, desde las que contempla a su pueblo rendido a sus pies. Todos le aclaman, todos le admiran, y en el aplauso de las muchedumbres, cree oír la música embriagadora de sus alabanzas.

Pasea su mirada satisfecha por valles y campiñas, por pueblos y ciudades, indeciso al elegir el lugar donde un monumento se levantará en su honor, en cuya cima, con las alegorías de sus merecimientos, se alzará arrogante su figura, que inmortalizará su nombre sobre aquel altar que el pueblo le erigió, para depositar de continuo y a través de los siglos, las gloriosas flores de su recuerdo.

¡Ilusión, en qué poco cifras tu gloria!

Oigamos los lamentos del pobre: ¡Qué injusticia de vida! ¿Por qué unos viven en la abundancia y otros en la miseria? ¿Por qué hay hartos y hambrientos, felices y desgraciados? ¿Por qué si todos nacemos desnudos, no hemos de seguir la misma suerte, y no que mientras otros descansan sobre muelles y cómodos lechos, yo he de dormir en el suelo? ¿Por qué?

El sufrimiento y el dolor extravían su mente, que no acierta a comprender tales diferencias; su corazón se endurece con el despecho, se rebela increpando a su destino, y con la blasfemia, que acusa a su Creador de injusto y cruel, se entrega a los insanos sueños de conquistar el oro. Yo seré rico—dice—, aun cuando para ello tenga que dejar jirones de mi honor, toda mi dignidad, en manos de quien pueda ayudarme a conseguirlo. Yo seré rico, porque tengo derecho a serlo, y he de gozar de las prerrogativas, que el dinero me brinda; gustaré los delicados manjares, adornaré mi cuerpo con valiosas joyas, y saborearé los placeres que con el oro pueden conquistarse.

¡Qué ambición más mezquina!

Yo quiero conquistar la ciencia, dice el sabio. Arrancaré a la Naturaleza todos sus secretos, hasta llegar a la inmortalidad. Y así como hallé luz para el mundo en la electricidad y fuerza con su flúido; así como mi ingenio y mi trabajo consiguieron el poder de atravesar llanos y montañas con velocidades espantosas; así como mis esfuerzos vencieron el aire, pudiendo volar sobre él inmensos aparatos, que a modo de ligerísimos pájaros devoran las distancias; como descubrí la marcha submarina; de la misma manera que merced a mis estudios se puede oír mi voz a millares de kilómetros; como mi telescopio descubrió novedades en la vida de los astros, y el microscopio un sinnúmero de habitantes en el mundo de los microbios, así arrancaré los secretos de esa Naturaleza, que tantas maravillas encierra y que tan refractaria se muestra a revelarlas.

¡Sueña, sueña, que al final verás cuán pigmeo eres ante la infinita magnitud del universo!

El que siente la sed de los placeres mira el mundo como inmenso y fantástico escenario de gozar y reír, y sueña en su alocada fantasía con llegar también a la cima de su felicidad. Con la posesión de todos los deleites, cree erigir a su alma un pedestal de embriagadores placeres, en cuya base se postran, envolviéndole en el perfume de sus incensarios todas las concepciones de sus quiméricos deseos, como risueñas hadas que tendieran hacia él sus manos con deliciosas ofrendas de goces y felicidad. Una le brinda el amor: otra el placer de los festines; aquella la satisfacción del oro, y esta el esplendor de su grandeza: quién las comodidades, quién el lujo, y todas, en fin, le envuelven en las gasas de voluptuosas promesas, que amortiguan la luz de su mente, sumiéndole poco a poco en las tinieblas de la idiotez.

Esa es la obra de tanto deleite.

Un ángel del Señor, un espíritu puro, que fué hombre y que llegó a su estado en fuerza de pasar repetidas veces por el crisol de muchas existencias, purificado en el dolor, iluminado por el estudio, santificado en el tra-

© Biblioteca Nacional de España

bajo y vistiendo el ropaje de la experiencia, solicita y obtiene de Dios la misión de velar, proteger y guiar aquel pueblo de durmientes, y gime desconsolado, porque no puede sacudir su letargo. Con el angélico lenguaje del pensamiento llama repetidas veces a la conciencia de sus hermanos, y cual otro Jesús, dirigiéndose a sus apóstoles, les grita: "¿Por qué dormís tanto? Velad y orad, para no caer en tentación."

Cesen vuestros febriles ensueños, producto de mentes extraviadas e ilusiones de incautos. Sacudid vuestros miembros esclavizados por el peso cruel de equivocadas ambiciones, y abrid bien vuestros ojos, para que divisándolo amplio y luminoso, os coloquéis en el camino de la realidad. Detened vuestra marcha. ¿A qué correr tanto, si al fin os aguarda el precipicio? Habéis elegido un camino equivocado, que cada vez os aleja más del término que anheláis. Tenéis que desandarlo. Que la reflexión presida vuestros pasos, antes de escoger nuevo sendero; llamad a la razón que el Padre os legó, para que separéis lo verdadero de lo falso. Ella iluminará, como antorcha protectora, la inequívoca ruta que os conduzca a Dios. Este será el verdadero camino de la realidad.

Vuestras mezquinas ambiciones, todas vuestras ansias de grandeza, de gloria y de poder, la riqueza, el lujo, el bienestar, son como columnas de humo, que se deshacen a vuestro momentáneo contacto; pompas de jabón, cuyos brillos irisados cautivan un segundo vuestra ilusión, viniendo a quebrarse después de una existencia efímera, que os deja en el alma el vacío y el triste desencanto.

¿No ves—le dice al poderoso—, que cuantos más vasallos tengas, se hace más escabroso el sendero de tu felicidad? Tu felicidad descansa en la de tus vasallos, ¡y es tan difícil proporcionar la dicha en el ambiente de prueba y expiación en que te mueves!...

¿No ves, insensato, que para ser el primero entre los grandes necesitas reunir cualidades que no posees? ¿Cómo has de ser el primero entre los grandes si tienes el corazón pequeño; si en su recinto no caben más que anhelos pobres y mezquinos; si es el polvo de la tierra quien te atrae?

Si quieres ser grande, tienes que engrandecer tu corazón, para que pueda contener un caudal inagotable de sentimientos elevados, que germinando incesantemente generosos actos, derrame desde el sitial de tu grandeza la justicia, el bien y el amor.

El primer puesto entre los grandes no se escala soñando, soñando ambiciones; se conquista con el incesante esfuerzo del santo trabajo, que lima en el alma las asperezas del dolor; se alcanza con el estudio de continuadas meditaciones, que pulan, como el lapidario, el valioso brillante de tu inteligencia, haciendo de ella una inapreciable joya, cuya faceta central y luminosa sea el amor, en derredor del cual y como cobijándose en él se coloquen a su amparo, y para que su ciencia sea provechosa, todas las facetas del humano saber; cuantos inventos el progreso nos brinda, no para vanagloria de los que se llaman sabios, por haber descubierto una insignificante partícula del secreto universal, no; sino para bien y utilidad de los hombres, y sobre todo para glorificación de aquel admirable arquitecto que llamamos Dios.

¿Anhelas ocupar el puesto de honor? El verdadero puesto de honor no lo busques en el trono de los reyes, búscalo en el trono de las virtudes; éstas son las misteriosas hadas que, tejiéndose unas con otras, formarán el regio manto de tu honorabilidad.

¿Deseas ir a la cabeza de todo un pueblo, que te corone doblando la rodilla, llamándote señor y majestad? ¡Necio! ¿Para eso deseas ser cabeza de un pueblo? El cabeza de un pueblo, y por consiguiente su padre, debe albergar un espíritu fuerte y valeroso, porque por sus hijos ha de llegar hasta el sacrificio. Sobre sus hombros pesa el malestar de sus vasallos; es deudor del cuidado de sus cuerpos como de sus espíritus, y debe multiplicar sus atenciones, para que en todos los hogares resplandezca la dicha y la virtud.

¿Para qué anhelar la fuerza de los ejércitos, si la lucha por la fuerza sólo produce sangre y dolor; si la guerra es un perpetuo fratricidio, engendro de odios y rencores, hoguera donde el despótico afán del ambicioso destruye los más altos ideales que el alma debe atesorar? Anhela, sí, la fuerza de los ejércitos de almas buenas que redimiste con tu empeño de las tinieblas del error. Anhela la fuerza poderosa de tu voluntad, para vencer la malévola influencia de tentadoras pasiones, que te conduzcan por extraviados caminos que tengas que desandar. Anhela, en fin, la fuerza que te conquiste el triunfo de ti mismo, para que dominando el continente con sus bajos y mundanos anhelos, pueda volar el contenido, esa chispa divina que el Padre te donó, a celestiales regiones, donde la comunión con sus similares le inunde con la alegría de los bienaventurados.

No cifres—le dice al ambicioso de gloria—, no cifres tus anhelos en horizontes tan bajos y circunscritos. Tu gloria no es de este mundo. Tus actos de bondad, de heroísmo, de belleza, han de remontarse a cumbres infinitamente más elevadas, donde no se erigen estatuas de barro, ni se oyen aplausos de multitudes: pero, en cambio, se siente a Dios con mayor intensidad, y las almas que reciben sus inspiradas promesas brillan como soles al amor de sus reflejos.

Y tú, ignorante mortal, que rechazas la pobreza, porque no te has parado a contemplar el manantial de bienes que de ella brota: Alégrate y medita que la vida es un día triste ante una inmensidad de júbilo, es una luz que se apaga ante los deslumbradores destellos de millones de soles resplandecientes, es una gota de agua ante el caudal imponderable de los mares. Bendice tu pobreza, porque es el camino más breve y seguro para llegar al Padre. Bendice tus sufrimientos, tus privaciones, tus inquietudes, y cuando el desaliento te asalte y las fuerzas te abandonen, invócame; soy tu ángel custodio, que sigue

© Biblioteca Nacional de España

paso a paso el escabroso sendero de tus benditas penas. Cuando la aflicción hace brotar de tus ojos amargas lágrimas, yo estoy a tu lado y lloro contigo. De día te acompaño, aumentando con mis flúidos la energía que necesitas para que tu cruz no lastime demasiado tus hombros. De noche velo tu sueño y aparto de tu mente las tenebrosas ideas del dolor, y cuando tu sublime resignación eleva al Todopoderoso una súplica de consuelo, yo vuelo presuroso con tu demanda, tornando amante a tu lado, para colocarte la aureola de luz que tu humilde acatamiento mereciera, y que disipando en parte las tinieblas de tu pasado, te haga comprender cuán justos son tus sufrimientos y cómo debes bendecirlos, pues que con ellos borras tus pretéritos errores.

Cuidado—dice el sabio—, no te engrías demasiado con un descubrimiento que otros no supieron alcanzar. Si pudieras contemplar cuán inmenso es el campo de lo desconocido, verías qué pequeño eres ante la majestad del que todo lo hizo y qué insignificantes son tus victorias. Estudia, busca, escudriña; así lo exige el progreso. Tus desvelos quedarán estampados en el libro de tu haber; pero ten cuidado, repito, no te envanezcas con el dominio de un invento, que después de tanto desvelo, sirvió sólo para la destrucción de tus hermanos.

Hay una ciencia que la mayor parte de los científicos investigadores la tienen olvidada, y, sin embargo, es la más grande y la más sublime, porque es la que os aproxima más a Dios, vuestro destino. Cuando los sabios la abracen con cariño; cuando dirijan sus estudios a conquistar la resolución del gran problema de la fraternidad universal; cuando las verdades arrancadas a lo desconocido os den la fórmula salvadora de esa lepra egoísta que os consume; cuando triunféis de la envidia, de la calumnia, del rencor: cuando la caridad, en fin, no se llame caridad, sino amor, entonces será cuando podréis estar ufanos de vuestros descubrimientos, porque habréis encontrado para ese mundo tenebroso y triste la luz, la resplandeciente luz de la felicidad, y para el otro, el verdadero camino de la realidad que conduce a Dios.

Y tú, pobre libertino que llamas a los placeres para que te coronen de dicha, dime: ¿Has acallado tus ansias con la posesión de todos ellos? Contémplate a ti mismo. Eres un triste esclavo de su dominio; cada placer conquistado es una cuerda que te priva de libertad. ¡Tu hermosa libertad! ¡La has perdido! Estás amarrado con cadenas que laceran tu carne y aniquilan tu alma. Haz un supremo esfuerzo para sacudir el yugo que te atormenta; rompe esas cadenas de tiránico dominio si no quieres arrastrar un cuerpo enfermizo, lacerado y sucio, y una mente anonadada y ensombrecida por el terror. Ven a mis brazos paralítico del bien y la virtud, eleva esa alma que está a punto de enloquecer con sus delirios y suplica al Dios de los perdones que permita bañarte en la piscina del arrepentimiento. Verás, verás entonces cómo tus ansias se sacian de calma y bienestar. Verás como el camino de la realidad no se encuentra en los goces pasajeros del mundo, sino en esa grande aspiración que satura el alma de infinita dulzura en el amor de Dios.

Así grita incesantemente en la conciencia de sus hermanos un angel del Señor, un espíritu puro que fué hombre y que llegó a su estado en fuerza de pasar repetidas veces por el crisol de muchas existencias, y llora desconsolado porque no puede sacudir su letargo.

Hermanos míos: Si habéis adivinado cuál es ese país de enfermos moradores que soñando quimeras aspiran a la culminación de sus anhelos, sólo me resta unir mi súplica a la vuestra. Invoquemos a nuestro angel tutelar que nos tiende los brazos como a paralíticos del bien y la virtud, y roguemos al Padre que permita bañarnos en la piscina del arrepentimiento colocándonos en el verdadero camino de la realidad, donde sólo se siente esa grande aspiración que satura el alma de infinita dulzura en el amor de Dios.

UNA HERMANA.

Tratado de Quirología médica, por el Dr. Krumm Heller

Diagnóstico por el examen de la mano.

La Humanidad, el público iberoamericano y los médicos, tienen que agradecer al Dr. Krum Heller que ponga en sus manos un nuevo método de diagnóstico que, aunque no sirviera más que para aumentar en un pequeño tanto por ciento las probabilidades de acierto que, según Cavot, no pasan del 50 por 100, merecería los plácemes y la gratitud más sinceros. Pero la obra de Krum Heller puede resistir el examen de la más severa crítica científica; es el fruto de veinticinco años de pacientes y minuciosas observaciones recogidas a millares en el ejercicio de su profesión. Y este hombre que dedicó a la Quirología lo mejor de su vida, no vacila en afirmar que es una de las pocas cosas matemáticas en Medicina.

Su fundamento consiste en afirmar que la fuerza bio-electro-magnética de nuestro cuerpo pugna por salir y se acumula en las terminaciones protoplásticas de los nervios, de cuyas terminaciones hay más de 280.000 en la palma de la mano, marcando en ella el estado normal o morboso del cuerpo humano. Los

© Biblioteca Nacional de España

distintos órganos y partes del cuerpo están representados en la mano, y sus impresiones se reflejan en ella por medio del sistema neuro-glandular de la vida órgano-vegetativa; de modo que del examen de los signos, marcas, colores y decoloraciones de la palma de la mano, puede deducirse la existencia de la inflamación aguda o crónica, de lesiones locales, estados destructivos de los tejidos, presencia de medicamentos venenosos y cambios de estructura de los tejidos.

Respecto al método de observación seguido, remitimos al lector al estudio del libro, limitándonos a afirmar que nos parece perfectamente racional y científico, aplicado con una escrupulosidad que no deja nada que desear.

La obra se completa con un índice de sintomatología quirológica, por orden alfabético, de enfermedades; un capítulo sobre ambidextria, muy digno de reflexión, y varias historias clínicas de casos aclarados por el dignóstico por las líneas de las manos.

En resumen, que lo mismo los médicos que el público profano en la materia, encontrarán en la lectura enseñanza provechosa.

VÉRITAS.

ENTRANDO EN JERUSALEM

(MEDITACION)

En toda existencia humana, hay un momento de plenitud de dicha. De perfecta gloria. Entonces es cuando se echa de ver la mísera brevedad de nuestro pobre organismo. Sabiéndose uno perpetuo, le mortifica la certeza de que su cuerpo es temporal y emprenderá muy pronto el camino de los cipreses. Ya lo dijo el santo profeta Isaías: "¿Qué es la carne, sino heno, y qué su gloria, sino flor del campo, que con un soplo se marchita y acaba?"

La entrada en Jerusalem marcó el apogeo de la gloria de Cristo. Estaban sus discípulos entusiasmados y sus enemigos, confusos.

Pero los hombres somos más cambiantes que las veletas. Y las multitudes olvidan pronto los beneficios recibidos y se dejan sugestionar, con suma facilidad, por los hombres de mal.

De ahí que el pensador profundo no confíe nunca en ellas y ponga toda su esperanza en el Ser Supremo, cuya inmutabilidad nos asegura su perpetuo auxilio contra nuestras aflicciones y congojas.

Ese mismo pueblo de Jerusalem, que recibió al Salvador con tanto júbilo, sugestionado más tarde por los fariseos y los doctores de la ley, en el doloroso momento del *Ecce Homo*, le tuvo por peor que Barrabás (un homicida), y pidió a gritos desaforados a Pilato que lo mandase crucificar.

Estos eran espíritus inferiores, atrasados, ignorantes. Para estos seres, su horizonte intelectual no traspasa el diámetro de sus pupilas. Quiero decir con esto, que sus ideas están circunscritas a sus campos visual y auditivo. Juzgan por apariencias, y caen en el error.

Cristo se dió cuenta perfecta de esta fragilidad del elogio mundano y de esta vanidad y vacío de estos triunfos del mundo aparente, como llamaron los iniciados antiguos a este material que ahora habitamos. Y por eso dijo: "Buscáis la gloria los unos de los otros." Como si dijera: esa es ficticia; porque, en efecto, un hombre célebre en el mundo, ¿no puede haber cometido actos, ignorados por la sociedad, que le rebajen ante el Todopoderoso, Arquetipo de la pureza? Es evidente, y eso significó Cristo al no admitir como legítima la gloria emanada del prójimo, que no conoce *la totalidad* de los actos de aquel mismo sér a quien elogia.

En cambio, agregó: "No buscáis la gloria, que de sólo Dios viene". Esta es la verdadera. Aquella que disfrutan en la Eternidad los espíritus puros (primer orden de la jerarquía espiritual), grado conquistado por su mérito, durante su pasado período humanitario.

Luego los hombres justos se encaminan a esa gloria perpetua y auténtica, avanzando hacia el Ser Supremo por medio del bien absoluto, y desechan el elogio humano, por considerarlo destructor de su humildad.

En este momento sólo se oyeron en Jerusalem aclamaciones en honor del Salvador: "¡Hosanna al Hijo de David!" Le llamaban así, por estimarle como un santo.

Indudablemente el Maestro celeste era merecedor de eso y de mucho más, por sus hechos, por sus virtudes y por sus palabras.

© Biblioteca Nacional de España

"Es el ser más puro que ha venido a la Tierra" (Allán Kardec) y también el mejor de los hijos de Dios en la vida espiritual, en la que ahora tiene en el espacio.

Pero aquella multitud que le aclamaba, no se daba cuenta de su inmensa valía moral. Veía en él un profeta más, como Isaías, Jeremías, Ezequiel o Daniel, y no comprendió tampoco la influencia que sus ideas iban a adquirir sobre el progreso mundial.

En medio de tanto júbilo, los enemigos de Cristo estaban despechados y llenos de rabia. Aquellas aclamaciones se les clavaban en sus conciencias como puñales. Y no pudiéndose ya contener más le dijeron: "Maestro, di a tus discípulos que callen."

Les ofendía presenciar aquel éxito. Sólo oír, les hacía sufrir. Aquí vemos cómo los que odian, desharmonizan sus conciencias; esta disestesia es su castigo. Luego son a la vez *verdugos y reos.*

Están por su voluntad fuera del amor universal, fuera de la maravillosa harmonía que enlaza a todos los hijos del Ser Supremo, y como consecuencia lógica e inevitable, sufren.

Lo que sintieron contra Cristo los fariseos y los doctores de la ley fué envidia, tristeza de su bien.

Aquí se cumplió, al pie de la letra, el dicho de Salomón en su "Libro de los Proverbios": "El que corrige al escarnecedor, afrenta se acarrea. Reprende al prudente y te amará."

Odiaban a Cristo por haberles dicho la verdad. Si llamó a los fariseos *sepulcros blanqueados*, fué para recordarles que el Padre celeste conocía sus vicios secretos y no podían engañarle, como hacían con el pueblo sencillo.

De los doctores de la ley dijo que habían escondido la llave de la ciencia. "Vosotros mismos no entrasteis, y a los que querían entrar, se lo impedisteis." Esto es, que mantenían al pueblo en la ignorancia para mejor explotarle, en lugar de instruirle para favorecer su progreso.

Cristo, que leía en sus almas, como nosotros en un libro abierto, les respondió: "Si estos callaren, *las piedras gritarán.*"

¡Qué gente tan necia! ¿Puede ocurrir ningún suceso, ni pequeño ni grande, en el mundo, que no esté dispuesto por el Ser Supremo, que no figure en el programa divino de la evolución humana? No. Porque El tiene un conocimiento exacto del contenido del porvenir. Y siendo así, ha de realizarse éste por necesidad, dentro de los plazos por El marcados. Luego aquel día de gloria estuvo por el Padre ordenado, y de entenderlo así, los enemigos de Cristo (quienes se tenían por los intelectuales de la época), debieron guardar silencio.

No conozco desatino mayor que el de estos seres orgullosos, quienes se figuran que todo lo saben y que nada les queda por aprender. Creer que en el microscópico planeta Tierra y en los pocos años de una sola existencia, vamos a alcanzar el grado máximo de la ciencia, es un absurdo. Ya lo dijo el gran filósofo español Sánchez Calvo en su libro "Filosofía de lo maravilloso positivo": "Querer saberlo todo en este pequeño planeta que habitamos, es una pretensión más loca, que querer averiguar el contenido de un libro *leyendo un solo renglón.*"

Cristo no se deslumbró con aquella gloria, porque sabía que era efémera y conocía su porvenir. Aquella voz "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!", no le hizo olvidar la profecía: "Y con los inicuos fué contado." (Su crucifixión entre dos ladrones.)

Imitémosle nosotros, los hombres de hoy. En la gloria, pensemos en la adversidad y en el olvido, que no pueden tardar. Persuadámonos de que somos arrebatados por la vorágine del tiempo, como el tamo de la era por el torbellino, según la frase bellísima de la Sagrada Escritura, y meditemos en que para un espíritu encarnado, "no hay bien que dure, ni mal que no se acabe". Pongamos todo nuestro afán en merecer la posesión perpetua del Ser Supremo en el estado puro, por un medio muy sencillo: la caridad cristiana.

DR. ABDÓN SÁNCHEZ-HERRERO.

A NUESTROS SUSCRIPTORES

Rogamos a los queridos hermanos que se encuentran en descubierto con la suscripción del periódico, giren fondos a la mayor brevedad, evitándonos la pena de suspenderles el envío de la Revista.

Estas demoras nos causan verdaderos perjuicios, porque, siendo nuestro periódico de matiz ideológico, sólo entre espiritistas hemos de sobrellevar el mucho gasto que la difusión de la doctrina nos impone.

© Biblioteca Nacional de España

Elementos de espiritismo experimental

Por Fernando Sanahuja

El modesto trabajo que os ofrezco es resultado del estudio y de la práctica ordenada. Nada he inventado, y de ahí que mi torpeza sea grande, ya que sólo confío en mis pobres fuerzas naturales; pero la sinceridad que emana de mi convencimiento es grande, y con un poco de paciencia por vuestra parte tengo fe en que la realidad espirita experimental arraigue en vosotros.

Mi deseo ferviente sería que el adepto espiritista empezase a formarse por el corazón, bebiendo en el manantial de incomparable pureza que ofrece la filosofía espírita; pero en el siglo que corremos, verdadero torbellino donde, por su condensada materialidad, no se aceptan sino los valores positivos inmediatos, es casi natural que falten arrestos de constancia para conseguir una cosecha futura por medio del estudio, y así se produce el caso corriente de que aquel que pretende iniciar a sus hermanos en la sublimidad de las cuestiones espíritas ve con dolor que éstos no se avienen a aceptarlas, si no consiguen, como primer valor a cotizar, las pruebas que ellos suponen necesarias y racionales para vencer a su razón personal mediante el testimonio de los sentidos físicos. Es decir, el espiritista prefiere empezar a serlo por la cabeza.

Pues bien; aceptemos la propuesta, toda vez que estamos seguros de que la realidad de los hechos se impondrá a su razón repleta de prejuicios y, con el tiempo, esta realidad se irá adentrando en el sentimiento moral del adepto, ya que las enseñanzas sublimes que se desprenden de una experimentación organizada y constante van conociéndose y desarrollándose en un ambiente de elevación ideal, en relación directa con el desarrollo moral de la vida diaria del adepto.

.....

Suplico a los hermanos iniciados no vean ligereza en lo que no es sino sencillez.

Lo que se pudiera achacar a ligereza es un sistema. Un cambio de táctica en la forma de enseñar.

Me propongo que la idea bella sea asequible a todas las inteligencias.

Al iniciado nada puedo enseñarle; pero téngase en cuenta que escribo para el profano, y a éste, todas las facilidades que se le presten serán pocas. Por eso mi deseo se reduce a que aquel que pretenda iniciarse, encuentre en mis escritos:

1.º Claridad y sencillez.

2.º Facilidad de convicción en el argumento empleado.

3.º Comprensión inmediata de la *Gran Causa* del Dios verdadero y conocimiento exacto de que los seres sufren sin darse cuenta de que en ellos mismos se elabora el bálsamo maravilloso que no lograron hallar jamás, y con el cual pueden curar sus padecimientos de cuerpo y alma.

.....

Es sencillamente horroroso el espectáculo deplorable que presentan esos pobres seres encastillados en la insignificancia de una existencia material. Caminan por la vida sin un ideal en su corazón, sin una fuerza que les haga ver esas leyes inmutables que rigen la imperiosa necesidad de las adversidades que sufren; sin una luz que refleje al instante en la pantalla de su conciencia los horrores de su egoísmo; sin un faro que les indique el peligro inminente que existe en esas costas imaginarias a que se esfuerzan por llegar, para conquistar (sin escrúpulos hacia los medios empleados), los delirios a que los somete su ambición; sin que una voz interior les inicie del riesgo que corren al desvivirse solamente por satisfacer sus pasiones personales; sin que su corazón albergue un átomo de caridad para el que sufre, de amor para sus hermanos, de fe para su Dios.

Si al final de carrera tan alocada su razón les dictase la seguridad de haber vivido la verdadera vida se hallarían tranquilos, satisfechos. Pero la realidad nos demuestra lo contrario.

Saciaron su sed de ambiciones, de egoísmos, de pasiones; acumularon fortuna y honores; gustaron de todos los placeres, causas todas para ser dichosos, y, en cambio, cuando se presenta ante sus ojos estupefactos la necesidad imperiosa de abandonar aquellas ansias de su vida, porque un *más allá* los reclama implacable, se desvanece su sueño. Aquello no era la realidad. Van a morir. La muerte, para ellos, no conduce oro, honores, ni placer. No permite siquiera conservar lo conquistado. Su blanco sudario encierra una realidad terrorí-

© Biblioteca Nacional de España

fica, portadora tan sólo de la guadaña inexorable, que segará su vida con esa frialdad aterradora de un *fin* previsto.

Ella convierte los palacios en fosas. El movimiento en reposo perpetuo. La carne en gusanos. Los huesos en arcilla.

Verdaderamente el cuadro es aterrador para aquellos que sólo conciben como fin de una vida efímera, una muerte absoluta.

Pero ya es hora, hermanos, que vuestras almas se abran a la luz deslumbrante de la verdad.

Esa verdad sólo de Dios puede emanar. El la ha escrito con caracteres imborrables en la majestuosa serenidad armónica de la vida universal.

¿Que no sabéis leerla? Bien sencillo es. ¡Aprended a hacerlo en sus obras!

Arrojad de vuestros ojos esa venda fatídica, que os impide admirar los bellísimos espectáculos que nos muestra la Naturaleza a todas horas.

Contemplad esa maravillosa acumulación de mundos que giran en sublime armonía por la inmensidad de los espacios siderales. Infinidad de esos mundos representan millones de veces la extensión de nuestro insignificante planeta.

No sólo se reduce esa inmensidad a los millares de ellos que percibimos en las noches que denominamos *estrelladas*. Tampoco a los que pueden descubrirse con la ayuda de los más potentes telescopios.

Todos esos millares reunidos no representan, con relación al *todo*, lo que una gota de agua en la inmensidad de los mares.

Leed en la obra de Dios.

El os ha dotado de un pensamiento, que puede viajar sin esfuerzo hacia el infinito. Aprovecháos de él como vehículo sutil y acompañadme.

Desprendámonos de este átomo que llamamos tierra. Traspasemos los sistemas estelares conocidos. ¡Avanzad! Avancemos siempre.

Pasemos vertiginosamente a través de los millones de mundos que descubramos constantemente. Continuemos volando en la inmensidad.

¿No observáis la maravillosa precisión que rige todos sus movimientos?

¿No os dice nada esa sublime armonía que impera en ese espacio sin fin?

¿Qué buscáis? ¿Quizás el jalón que indique el final de nuestra ruta?

No, hermanos. Vuestro intento es vano. Seguid siempre. La inmensidad es el infinito. Ese infinito es la morada de Dios, porque es su obra. Todo emana de El. Si así no fuera, Dios dejaría de ser Dios.

Ya es hora, hermanos, que abandonéis esa ceguera en que os *sumís* aletargados, por no querer aceptar sino el testimonio de vuestros sentidos materiales.

Los sentidos que poseemos son los imprescindibles para habitar en el planeta tierra. Habitantes de otro mundo, tendríamos los necesarios para desarrollarnos en su ambiente obligado.

Nadie podrá negar la existencia de peces que carecen de ojos, y que habitan las profundidades de las grutas costeras.

Los naturalistas sacaron algunos de ellos a la luz, y al variar de ambiente de vida se desarrollaron por impulso natural y expontáneo esos ojos de que antes carecían, porque les eran innecesarios para habitar en tinieblas perpetuas.

Es necesario convencerse de que no sólo es realidad lo que puede analizarse con nuestros sentidos.

Sin auxilio del telescopio, pasarían desapercibidos a nuestra vista millares de mundos.

¿Presentiríais siquiera la red infinita de las agrupaciones microbianas, si el microscopio no os hubiera demostrado su existencia?

Las ondas electro-magnéticas traspasan continuamente nuestro cuerpo sin ser sospechadas.

El éter es impalpable.

Nuestro oído no nos señala las vibraciones del éter, que se os figuran colores.

No conoce nuestra vista ningún color después del infra-rojo y del ultra-violeta.

Nos rodean infinidad de fuerzas naturales, que no pueden ser detectadas por esos sentidos. ¿Por qué, pues, obstinarse en negarlas?

Las ciencias físicas experimentales en que colocáis toda vuestra fe os dicen: En el universo todo es movimiento. Todo es vibración. ¿Por qué ese empeño en permanecer en la oscuridad, si solamente con querer abrir los ojos a la obra de Dios, tenéis luz más que suficiente para deslumbraros?

El os ha dotado de un alma que, como obra suya, es un rayo de su luz divina, y al ser parte de su obra, no puede tener otra naturaleza que la espiritualidad; sólo la inmortalidad puede ser su destino.

(Continuará.)

© Biblioteca Nacional de España

Lo mejor y más bello del espiritismo

Sin restar un ápice a la grandiosidad de los fenómenos mediumnímicos y comprender la necesidad de su constante práctica y asiduo estudio, intentaré, con la parquedad propia de mis superficiales conocimientos, llevar al ánimo de los lectores mis razonamientos, deseando encuentren eco en su propio sentir, y convencerlos de que lo mejor, lo más bello, lo importante y principal de esta verdadera y, como tal, razonada ciencia, es su propia doctrina, el cumplimiento de sus mandamientos.

El Espiritismo, aun habiendo existido siempre, no se exteriorizó de una manera franca y precisa, a los seres de este mundo, hasta que su progreso los colocó en condiciones de poder comprenderlo y aceptarlo.

Pero una vez que su hora sonó, vino abriéndose paso, seguro de vencer, rompiendo antiguos moldes, fruto de los hombres, para satisfacer por completo el anhelo humano. Sus razonamientos sirven de puente para atravesar el caudaloso río de la duda, desde la orilla de la atrevida pregunta hasta la opuesta de la fundamentada explicación, que lleva al convencimiento.

Su santa doctrina llegó, para decir a la Humanidad:

—No desapareces; tus deseos, tus ilusiones, tus afectos, tus amores, en el sentido de moralidad y progreso, puedes continuarlos después de esa muerte que consideras como final de todo, porque la muerte no existe; tus pesares, tus congojas, las injusticias que crees ver a tu alrededor, son transitorias y sólo causas precisas para tu evolución de mañana. Fuiste creado para ser eterno; en tu estado actual ya te es dado saborear, a ratos, la felicidad, y tus mismas obras te harán que tu porvenir sea más afecto a ella. Y al darse cuenta los hombres pusieron su planta en el sendero de la caridad, del bien, del amor...

¿Sebéis, pues, lo que representa la convicción del no desaparecer, la seguridad del *yo* eterno?...

Supone no tener prisa por terminar las obras emprendidas antes de la desencarnación, sino afanarnos y ocuparnos, sobre todo, de que estén bien cimentadas y construídas. Sabiendo que laboramos para nosotros mismos trataremos de perfeccionar el trabajo.

Si el que hace vino sabe que ha de gustar de él, procura esmerarse en la confección o fabrica una tinaja especial para su consumo. ¿No haría con más cuidado y detalle una barca el pescador o marino si él y sus deudos habían de emplearla para salir mar adentro?

Pues nosotros, ante la convicción de que nuestras obras han de ser la herencia o capital con que cuente nuestro espíritu para desenvolverse con facilidad al pasar a su *estado normal*, trataremos de hacer acopio de ellas, cuando éstas sean buenas, poniendo nuestro empeño en que sean mejores y de más valor.

La doctrina espiritista vino a desvanecer las dudas de la Humanidad, a sacar de las tinieblas a los peregrinos del planeta Tierra, guiándolos con su refulgente antorcha, cuyos destellos son la luz de la verdad.

Voy a daros, cogido al azar, un razonamiento, de los muchos que podría aducir, para llevar un poco de fe, si hace falta, a las atribulaciones de vuestro espíritu:

Supongamos un matrimonio bueno y feliz, que va a ver compensado su recíproco y verdadero cariño con el advenimiento de un hijo. Todo es júbilo en el hogar dichoso hasta el día en que aparece en la vida este ser, fruto de sus amores, porque llega la *inocente* criatura ciego y manco.

¿Con qué palabras consolaríamos al dolorido matrimonio? ¿Qué doctrina podrá llevar a su alma la resignación y la lógica de que así debe ser?

Yo preguntaría a un teólogo:—¿Cómo Dios, que es todo bondad, todo sabiduría, tomo amor, puede *castigar* a ese pobre niño, que al abrir los ojos, sin cometer *delito* o *pecado* alguno, se encuentra así castigado ya?

Dirá que son secretos del Todopoderoso, que no están a nuestro alcance; al rebatirle yo, haciéndole comprender que Dios, palabra excelsa que lleva en su seno la caridad y la perfección misma, no puede obrar así, me replicará, desorientado ante mi terquedad, que sin duda es un castigo para que expien los padres una falta que habrán cometido...

Como está dentro del sentido común esta contestación que me ofrece el teólogo a quien consulto, la acepto como posible; pero mi ima-

© Biblioteca Nacional de España

ginación, en alas de su fantasía, sigue pensando...

Llego a la muerte de los padres, y al ver que el hijo no recupera la vista ni el miembro que trajo de menos, defraudado y confuso, pregunto de nuevo al teólogo:

—¿Cómo una vez desaparecida la *causa* que motivó el arribo al mundo de este ser privado de esos atributos, y toda vez que los padres, con la muerte, *saldaron* o *pasaron a saldar* sus cuentas, Dios no hace la *gracia* o *justicia* de devolver al desdichado cuanto le quitó para penalidad de aquéllos?

¡Queridos hermanos! ¡Ni sabrá, ni podrá contestarme! En su dogmatizada doctrina no encuentra argumentos para convencerme.

El Espiritismo resuelve por completo mi duda.

Es el que, por medio de las leyes de la reencarnación, consuela a los desventurados padres a que nos referimos, haciéndoles ver que su hijo aparece en la tierra en esas condiciones por su *libre albedrío*, porque así *debe ser* para *liquidar cuentas pendientes* y *limpiar* su espíritu de *pasados errores*. Los invita a que con sus consejos eviten que el infeliz reniegue de Dios y maldiga haber nacido, y, cual modernos Cirineos, le ayuden, solícitos y cariñosos, a llevar su cruz...

ANTONIO PALMERO FERNÁNDEZ.

(Continuará.)

Consultas polémicas

Hay momentos en la vida en que nuestro ánimo decaído necesita del consuelo, del consejo espiritual, que conforta y alienta en la lucha de la vida; y en esos momentos supremos, tener a quien contar nuestras cuitas, un alma hermana que comparta nuestras tristezas y las disipe con sus palabras de afecto, es una necesidad tan indispensable, que muchos que cayeron en los abismos de la abyección o del crimen tal vez hubiesen resistido si una mano piadosa les hubiera detenido cariñosamente al borde del precipicio. Otras veces son alegrías las que no nos caben en el pecho y las que necesitamos compartir. En no pocas ocasiones la interpretación de un punto de la doctrina requiere contrastar nuestras opiniones con las ajenas para no desviarnos del camino de la verdad.

Pues bien: para llenar estas necesidades, es decir, para consolar tristezas, para compartir alegrías, para contrastar ideas, para sostener polémicas razonadas y serenas en las que brote a través de la discusión la luz de la verdad, es para lo que abrimos esta sección.

Cuando un hermano atribulado nos escriba, no necesitamos su nombre; nos basta con un seudónimo o lema para poderle contestar desde estas columnas. Los escritos de polémica deberán venir firmados y con la indicación del domicilio de quien los firma, y su extensión no deberá exceder de una columna de la Revista.

Para que las consultas y artículos de polémica sean atendidos es condición indispensable que vengan acompañados del cupón que para tal objeto aparecerá en lo sucesivo al final del periódico, debiendo acompañarse un cupón por cada consulta o escrito.

En todo caso la Redacción se reserva el derecho de no atender cuantos artículos pudieran remitírsele ofensivos a las leyes del Estado o a la moral.

JUAN TÉBAR.

(La correspondencia a nombre de la Revista, en Barco, 32.)

CORRESPONDENCIA

Manuel Olivares.—La Línea.—Don Lorenzo Baghetto ya es suscriptor y pagó año. Mil gracias por su interés, y le rogamos nos favorezca con su propaganda. Recibimos importe año en sellos.

Manuel Alonso.—Arcos.—Recibido importe suscripción año.

Pascual Monge.—Santa María de la Huerta.—Idem íd. íd.

Federico Miguel.—Idem.—Idem íd. íd.

Manuel Fernández.—Málaga.—Recibí su giro y se le servirán dos periódicos a usted y dos a D. Francisco Robles para que puedan leerlos mayor número de hermanos. Aunque no nos sobra el dinero, no queremos que paguen aquellos hermanos que no puedan hacerlo. Les agradecemos sus sinceras felicitaciones.

Centro Kardeciano.—Alpera.—Recibí 5 pesetas por conducto Sr. Pujable, y mil gracias. A D. Antonio Delegido se le sirve su periódico.

Jerónimo Prados.—Rute.—Recibí 10 peestas en sellos.

Francisco González.—Talavera de la Reina. Se remiten todos los números publicados a los tres señores que cita en su carta, y queda usted nombrado corresponsal. Mil gracias.

© Biblioteca Nacional de España

Sociedad

de

Estudios Psicológicos

"CENTRO PLATÓN"

Barco, 32, bajo. **MADRID**

CUOTA MENSUAL:

Asociados varones. . . 3,50 *pesetas.*

Señoras . . . . . . 2,50 »

En esta cuota está comprendida la suscripción a la Revista.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D...... *con residencia en* ..... *calle* ..... *núm.* ..... *piso* ..... *se suscribe a la Revista PLUS ULTRA por* .....(1).

Firma del suscriptor,

NOTA. – Remítase este Boletín a la «Sociedad de Estudios Psicológicos», Barco, 32, bajo, enviando por Giro Postal, o en sellos de correos, el importe de la suscripción, que es: trimestre, 1,50, y año, 5 pesetas.

(1) Trimestre o año.

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Madrid.

© Biblioteca Nacional de España